



Patricio Herrera, *En favor de una patria de los trabajadores. Historia trasnacional de la Confederación de Trabajadores de América Latina (1938-1953)*. Buenos Aires, Ediciones CEHTI, Colegio de Michoacán, Ediciones Imago Mundi, 2022, 320 pp. ISBN 9789507934025.

Juan Carlos Yáñez Andrade*

El libro del Dr. en Historia Patricio Herrera viene a llenar un vacío en los estudios no solo del movimiento obrero latinoamericano en general, sino también, en específico, sobre la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), creada en 1938, iluminando, a la vez, la historia de la formación de algunas confederaciones nacionales del continente americano. Tal como señala el autor en la introducción, el libro rompe con el paradigma nacional de los estudios del movimiento obrero, que reduce la comprensión de los fenómenos históricos a las fronteras de un país, pero que además cree ver en las experiencias nacionales, casos únicos e irrepetibles, sin conexiones regionales ni vivencias compartidas. Por el contrario, el libro de Patricio Herrera nos invita a pensar en una Confederación que tuvo pretensiones continentales, pero cuyos esfuerzos de formación fueron supranacionales, intercontinentales y de profundas conexiones personales e históricas.

El libro tiene la particularidad de situarnos en un marco histórico (como fue la década de 1930 y 1940) de profundos cambios: emergencia o consolidación de nuevas ideologías, como el comunismo, el fascismo y el socialcristianismo que se disputaron la guía del movimiento obrero; los efectos de la Gran Depresión, que pusieron paños fríos a la idea de un progreso

* Académico Universidad de Valparaíso, Chile, correo electrónico: juancarlos.yanez@uv.cl, ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-0317-3292>.

ininterrumpido de las fuerzas del mercado y de beneficios materiales ilimitados para toda la población, dando paso a una mayor intervención del Estado en la economía y esfuerzos en políticas redistributivas. Periodo que además vio asentar la llamada sociedad del trabajo, con la consolidación del sujeto trabajador y sus derechos asociados, el movimiento sindical y los mecanismos institucionales para conducir el conflicto social. Párrafo aparte merece la cuestión de la Guerra Fría, y cómo la CTAL trató de navegar en las aguas turbulentas de la política internacional, que obligaba a los países y organizaciones a tomar posición en la alineación de aquellos que adscribían al comunismo o al llamado mundo libre.

El libro se estructura en cuatro capítulos, más unas conclusiones y anexos. El capítulo 1 aborda la etapa que va entre 1935 y 1938, dando cuenta del contexto y antecedentes que dieron vida a la CTAL en 1938. El capítulo 2 trata el periodo que va desde 1938 a 1943, donde se destacan los vínculos continentales que se forman y la convocatoria al Primer Congreso Indigenista Interamericano, realizado en México en 1940. El capítulo 3 es el más interesante, porque aborda la etapa de 1936 y 1946, donde los diversos países avanzaron en una institucionalidad política y social, así como los vínculos de la CTAL con la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Para finalizar con el capítulo 4, donde se aborda la crisis de la CTAL y pérdida de su influjo hacia mediados de la década de 1950.

Un libro sobre la CTAL está obligado a dedicar una parte central a la labor de Vicente Lombardo Toledano, abogado y sindicalista mexicano, que la presidió a lo largo de toda su existencia. El libro nos ofrece una perspectiva de un dirigente sindical con un perfil más latinoamericano y global, que propiamente mexicano. Solo hay que mencionar que sus escritos suman miles de páginas y que fue el primer dirigente obrero latinoamericano en formar parte del comité de administración de la OIT.

Un desafío para hacer historia transnacional se refiere al uso de fuentes y de nuevas metodologías de investigación, que hagan visibles conexiones, cruces y áreas de circulación. La investigación de la CTAL muestra un amplio registro de fuentes, como archivos mexicanos, chilenos, el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de las Izquierdas de Argentina, el Rgaspí y el de la OIT en Ginebra. Además de folletería, documentos, actas de congresos, prensa, entre otros. Es en estos archivos, y en el cruce y comparaciones que se pueden hacer de las distintas dimensiones, que aparece una realidad más compleja y que va más allá de las fronteras nacionales. Sobre esto se puede destacar las distancias que tuvo la CTAL con la Unión Panamericana; los intentos de la dirigencia sindical norteamericana de cooptar al naciente movimiento obrero latinoamericano; los contactos entre la dirigencia sindical nacional con la CTAL; y los intereses comunes entre la OIT y la CTAL. Además, Patricio Herrera muestra hechos que hasta ahora eran poco conocidos y que no habían sido sometidos al rigor de una investigación: El Pacto Obrero por la Unidad Continental de 1936, el Congreso Obrero Latinoamericano de 1938, las actas del Primer Congreso de la CTAL de 1941 y el viaje de Vicente

Lombardo Toledano por América Latina en 1942. Entre las fuentes que ofrece el libro, está una importante colección de fotografías que enriquecen, en un plano más cultural, el análisis de los nexos de Lombardo Toledano con personas y organizaciones.

¿Qué hizo posible que la CTAL llegara a reunir confederaciones de 19 países con un número total de afiliados de 7 millones de trabajadores? Sin duda que el compromiso y capacidad personal de Vicente Lombardo Toledano explican en parte los alcances que tuvo la CTAL en el periodo de estudio. Además, las estrategias de unificación del movimiento sindical que promovió la CTAL fueron eficientes al conectar los intereses de dirigentes nacionales con el fortalecimiento de las luchas de alcance continental. Por ejemplo, por estatuto la CTAL aceptaba la afiliación de una confederación de trabajadores por país, lo que reducía las potenciales disputas internas e incentivaba los procesos de unificación sindical al interior de los países. Sin embargo, pensamos que las condiciones que se dieron en la segunda mitad de la década de 1930 fueron favorables a la unificación del movimiento obrero y al soporte continental que tuvo la CTAL en esos años. Sin estas condiciones, me parece, la obra de Lombardo Toledano habría sido más compleja e incierta. La política del “buen vecino” promovida por la presidencia de F.D. Roosevelt permitió que ciertas elites nacionales pudieran respirar más libremente, promoviendo reformas estructurales de cambio económico-social y dando forma a un movimiento sindical en colaboración con los gobiernos nacionalistas. Además, el movimiento comunista internacional avanzaba en la dirección propuesta por la III Internacional en la política de alianza de clases o frente populista, dejando atrás la llamada política del tercer periodo de lucha “de clase contra clase”, lo que posibilitó la conformación de frentes populares en Chile, Francia y España.

Dos casos que se abordan en el libro fueron emblemáticos en esta nueva etapa histórica del movimiento sindical: el caso de Cuba y el de Chile. En 1939 los trabajadores cubanos decidieron conformar la Confederación de Trabajadores de Cuba bajo la presidencia del dirigente comunista Lázaro Peña y de un comité ejecutivo, siendo respaldada por la recién creada CTAL. Dicha unificación sindical cubana fue posible por la apertura que llevaba a cabo el gobernante de facto de la isla, el entonces coronel Fulgencio Batista, el “primer Batista”, que llevó a cabo una modernización del país y una apertura política controlada, donde tanto la dirigencia sindical necesitaba de Batista como éste requería del movimiento obrero. Este caso muestra el interés que tuvo la dirigencia sindical de negociar con autoridades de facto, pero a condición de que se comprometieran con el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera. En el caso de Chile las condiciones de unificación del movimiento de vertiente socialista y comunista se habían dado hacia 1936 con la conformación de la Central de Trabajadores de Chile y del Frente Popular, armando un frente unido en contra de las políticas represivas y antiliberales, según se señalaba, del gobierno de Arturo Alessandri (1932-1938). A ello hay que sumar la pérdida de influjo de las corrientes anarquistas, que hicieron más fácil la conformación de un frente político y obrero.

Sobre este punto es interesante hacer un alto para señalar que estas condiciones favorables a la unificación del movimiento sindical no las tuvo el director de la OIT, Albert Thomas, en su viaje por el Cono Sur de América en 1925, viaje que traté en mi libro *La OIT en América del Sur*¹. En aquel periodo, el movimiento sindical estaba dividido en al menos cuatro vertientes ideológicas, como eran el mutualismo, el anarquismo, el socialismo y el comunismo. Los intentos de unificación del movimiento sindical eran de vital importancia para la OIT, ya que aseguraba un mayor compromiso con la institución de Ginebra y legitimaba sus reuniones anuales, al cumplir con la aprobación tripartita (de delegados gubernamentales, empresariales y de obreros) de sus convenios del trabajo. Además, la OIT y Albert Thomas estaban preocupados del avance del comunismo en la región y el control sindical que estaba logrando durante la primera mitad de la década de 1920, no escatimando esfuerzos en apoyar las corrientes socialistas y demócratas en Brasil, Uruguay, Argentina y Chile. Es importante señalar que esta estrategia de apoyo a las corrientes sindicales más proclives a la acción de la OIT tuvo poco éxito durante la década de 1920.

La CTAL fue hija de su tiempo. La frase que da título al libro “En favor de una patria de los trabajadores” refleja las profundas convicciones que tenían los líderes obreros sobre la capacidad redentora de las fuerzas sindicales y de los alcances transformadores que tenía la organización obrera. Pero dicha transformación debía hacerse desde el conocimiento y la teoría científica y no desde “un acto de inspiración mística” citando las palabras del presidente de la CTAL, Vicente Lombardo Toledano. Frente a una historia social y del movimiento obrero que ve en la historia de los trabajadores una epopeya heroica de víctimas y victimarios, vencedores y vencidos, el texto de Herrera supera esas miradas clásicas, para avanzar en la tarea de escudriñar, parafraseando al Presidente Salvador Allende, en cómo los trabajadores se hicieron cargo de su propia historia y destino, dejando de ser víctimas para pasar a ser protagonistas de su propia historia. En este sentido la historia de la CTAL permite adentrarnos en la labor de investigación y de construcción de una mirada propia sobre la realidad social que llevaron a cabo los trabajadores en la década de 1930 y 1940. Sobre este punto es necesario recordar que pocos países podían mostrar una institucionalidad laboral consolidada y menos aún organismos de estadística e inspección laboral. Es así como la CTAL llevó a cabo estudios sobre la propiedad de la tierra, presupuestos del Estado, costo de vida, salarios, entre otros, que fueron claves para hacer comparaciones sobre la realidad social y laboral del continente, así como, y quizás esto sea lo más interesante, fundamentar las demandas de mejora salarial. Por ejemplo, tal como señala Herrera, los trabajadores debatieron a partir de estos estudios sobre las razones de por qué los trabajadores eran pobres en medio de tanta riqueza o preguntarse, por citar un ejemplo, de por

¹ Juan Carlos Yáñez, *La OIT en América del Sur. El comunismo y los trabajadores chilenos (1922-1932)*, Santiago, Ediciones U. Alberto Hurtado, 2016.

qué el salario hora de un trabajador en la República Dominicana era de 0,05 centavos de dólar, versus un trabajador en Estados Unidos que con el mismo oficio ganaba 1,33 dólares. Por otra parte, esta labor de investigación y de construcción de estadísticas económicas, sociales y laborales, sustentó el apoyo explícito que tuvo la CTAL a la reforma agraria, la industrialización nacional, la lucha en contra de la inflación y la defensa del salario.

Un aspecto que me parece importante de destacar en la acción de la CTAL es que los estudios e investigaciones que llevó a cabo permitieron ampliar la noción de trabajador que se tenía en las primeras décadas del siglo XX. Frente a la noción clásica que asociaba el trabajo con la condición masculina, urbana, formal y relacionada con las actividades industriales y mineras clásicas, países como México, Perú, Bolivia, Brasil o Cuba, mostraban condiciones laborales más diversas, donde las actividades informales, de carácter rural y agrícola eran predominantes. Esto motivó a la CTAL, por ejemplo, a promover y participar en el Primer Congreso Indigenista Interamericano de 1940 en Pátzcuaro, México, donde se aprobó la creación del Instituto Indigenista Interamericano.

Este proceso de apertura a las realidades propiamente latinoamericanas lo venía realizando la propia OIT en la segunda mitad de la década de 1930, haciendo posible la convocatoria a la Primera Conferencia Americana del Trabajo de Santiago de Chile, donde se abordaron temáticas y se propusieron resoluciones sobre trabajo infantil y de mujeres, alimentación popular o la condición indígena, entre otras. No resulta extraño, entonces, que haya sido este encuentro de la OIT en Santiago de Chile en 1936 el que hubiese posibilitado la reunión de diversos dirigentes sindicales continentales, dando origen, a su vez, al Pacto por la Unidad Obrera Continental, iniciativa primigenia de la futura creación de la CTAL.

Uno de los capítulos más interesantes del libro es el tres, titulado “Las conferencias americanas del trabajo: cooperación, redes y conflictos entre la CTAL y la OIT”. En un primer apartado se aborda la realidad social latinoamericana y la lenta construcción de lo que el autor llama “institucionalidad social”, es decir, el conjunto de instituciones que tuvieron por misión garantizar los derechos laborales y conducir el conflicto social. El panorama que nos describe el autor comprende un escenario general de incumplimiento de muchas leyes laborales y de ausencia de un aparato de inspección que asegurara su cumplimiento. Sin embargo, es necesario precisar que la institucionalidad laboral dependió mucho de los grados de autonomía que desarrollaron los organismos del trabajo y del interés que tuvieron no solo los funcionarios, los políticos y los empresarios, sino también los propios dirigentes sindicales en promover una política de consenso en materia de avance social y laboral. Casos emblemáticos como los de Uruguay, Argentina, Chile y, en menor medida, México, dan cuenta de una realidad laboral hacia los años 1940, muy distinta de la década de 1910, donde emerge con toda crudeza la cuestión social en América Latina, coincidiendo con las fiestas del centenario. Esos treinta años parece que sí habían valido la pena.

De esta forma, los vínculos de la CTAL con la OIT son fruto de los encuentros y confluencias que se dieron en la segunda mitad de la década de 1930. Tal como señala el autor, Lombardo Toledano se interesó en la dimensión internacional de los problemas sociales en la medida que la construcción de una sociedad de derechos sería requisito para impedir el avance del nazismo, derechos defendidos por organizaciones sindicales nacionales fuertes y coordinadas por una confederación de alcances continentales. Así, el “rumbo de Lombardo Toledano –citando a Herrera– fue otra forma de entender el universalismo de la “justicia social” defendido por la OIT”. Si a esto sumamos el interés de la OIT de abrirse a los problemas sociales propios del continente americano (en lo que he llamado el *giro latinoamericano* de la OIT), como una forma de enriquecer los principios universales constitutivos de su creación en 1919, explicaría las coincidencias en la acción política de la OIT, por un lado, y de Lombardo Toledano, por otro. En el fondo, lo que nos propone Patricio Herrera en el capítulo tres, es otra forma de mirar la historia de la OIT en América Latina, a través de los ojos de una organización sindical de alcances continentales.

Al referirnos a los vínculos de la CTAL con la OIT, una figura que resulta relevante es la del funcionario chileno de la institución de Ginebra, Moisés Poblete Troncoso, y que en un marco comparativo, tiene muchas semejanzas con el sindicalista mexicano. Poblete, en sus diez años que estuvo radicado en Ginebra se transformó en un experto en materia social y laboral del continente. El libro nos muestra otros vínculos con figuras destacadas del campo reformador ginebrino: Alejandro Unsain, Alfonso Bandeira de Mello, Adolf Staal, jefe del Servicio de Relaciones obreras de la OIT y Antonio Fabra Ribas, jefe de relaciones de la OIT con América Latina.

La paradoja de la historia de la Confederación de Trabajadores de América Latina es que las causas de su propio éxito serían las razones de su declive. Si las conexiones continentales y globales, hacia mediados de la década de 1930, avanzaban en reconocer las particularidades del continente latinoamericano, en permitir el surgimiento de movimientos sociales y políticos de base nacionalista, en fin, en poner el foco en la autonomía del movimiento obrero y los derechos laborales como requisito para la modernización de las sociedades, hacia fines de la década 1940 los vientos de cambio operaban en sentido contrario, y la Guerra Fría y el anticomunismo contaminaron la escena latinoamericana. El caso de Chile, con la división de la Central de Trabajadores de Chile, la ruptura de Bernardo Ibáñez con la CTAL y la promulgación de ley de Defensa de la Democracia, durante el gobierno de Gabriel González Videla, es un fiel reflejo de este escenario.

Este libro deja abierta nuevas interrogantes sobre la historia del movimiento obrero, en especial sobre derroteros que hoy son insoslayables: me refiero, en primer lugar, a la participación de mujeres en la organización obrera y lucha sindical. Por ejemplo, de un total de cerca de doscientos nombres presentes en el índice onomástico, solo siete pertenecen a

mujeres. Esto nos habla no de un problema en la investigación de Patricio Herrera, sino de una historia absolutamente viril, propia de las condiciones de emergencia de la lucha sindical. Sin embargo, hoy sabemos que las mujeres sí se organizaron en sindicatos, lucharon por sus derechos y avanzaron en pensar sobre su propia condición de trabajadoras.

Por otra parte, países como Brasil y Argentina, que no recibieron tanta atención en el estudio de Patricio Herrera, al parecer muestran las dificultades que tuvo la CTAL para acercarse a realidades más complejas o diferenciadas, como las que representaba Brasil, con su herencia colonial y esclavista, o Argentina, con el influjo del peronismo en la política y la vida sindical, que llega hasta el día de hoy. Bien valdría la pena avanzar en los vínculos que tuvo la CTAL con esas dos realidades tan importantes de América Latina.

Para terminar, el libro sobre la CTAL puede ser leído como un llamado a los investigadores que nos dedicamos a la historia social y laboral a repensar el movimiento obrero ya no de la manera lineal clásica, en permanente ruptura contra el capital y el Estado, y apelando a repertorios que se mostraban como únicos, como la lucha callejera y la huelga. Por el contrario, la historia de la CTAL nos muestra a dirigentes obreros que entienden lo público, cómo se mueve el aparato estatal y que valoran la acción de instituciones internacionales como la OIT. Pero también este libro nos obliga a repensar el Estado, ya no solo como instancia de represión, sino también como conductora del conflicto social y como instancia clave en la consolidación de una sociedad de derechos.